



Febrero, 2009

El Obispo de Segorbe-Castellón

Queridos hijos e hijas: Os saludo de todo corazón a todos los miembros de las Cofradías y Hermandades de Semana Santa de nuestra diócesis, que dentro de pocos días vais a procesionar devotamente por las calles de Segorbe durante el encuentro de la XVIII Procesión Diocesana.

El camino cuaresmal nos va llevando día a día a la celebración del Triduo Pascual, en el que reviviremos una vez más el acontecimiento central de nuestra Redención, el núcleo esencial de nuestra fe cristiana: la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Estos días constituyen el corazón de la vida de la Iglesia y de todo cristiano; por ello, os invito a vivir estos días en el clima mismo que Jesús vivió en Jerusalén. Debemos dejar que el Espíritu despierte en nosotros la memoria viva de los sufrimientos que el Señor padeció por cada uno de nosotros, para que así podamos celebrar con alegría la Pascua de Resurrección.

Las procesiones de Semana Santa son manifestaciones de piedad popular que ha dado vida la tradición cristiana, para expresar el amor y la participación de los fieles en los sufrimientos de Cristo. Las procesiones, que estos días inundarán nuestras calles y plazas, no son pues una simple tradición cultural de nuestro pueblo, sino que son una llamada a nuestras almas a meditar en la pasión y muerte del Redentor, un reclamo que busca imprimir cada vez más profundamente en nuestro espíritu sentimientos de auténtica participación en el sacrificio redentor de Cristo.

Queridos hijos e hijas: Cristo no deja indiferente a nadie que se le acerque. Las procesiones de estos Días Santos nos interpelan para acompañar a Jesús, para velar junto a Él en el monte de los Olivos, para no dejarlo solo en la noche del mundo, en la noche de la traición, en la noche de la indiferencia de tantos. Jesucristo sigue hoy, como aquella noche en el Calvario, sufriendo solo en la cruz, soportando la indiferencia, e incluso los insultos, de tantos que no soportan contemplar y sentir la grandeza del amor de un Dios que nos ama hasta el extremo.

Nosotros no podemos ni queremos dejarle solo. Os invito por ello en estos días a acercaros al Nuevo Testamento para releer y rezar con detenimiento aquellas escenas que los artistas a lo largo de la historia han escenificado en las imágenes que portaréis en hombros en vuestras procesiones. No penséis que se trate de devociones antiguas y débiles, sino que se trata de acercarse a la historia de amor más grande que haya vivido la humanidad. Cuando en estos días contemplemos la Cruz plantada en el Calvario, cuando participemos devota y silenciosamente en las procesiones de esta semana de la pasión del Señor, revivamos en nuestro corazón la preparación para la venida del Hijo de Dios, la elección del pueblo judío, su caminar hacia la tierra prometida, su fidelidad y sus desvaríos, el nacimiento de Jesús en Belén, su vida oculta trabajadora y familiar, su predicación y sus milagros, sus últimas horas terribles. Sólo así, viviendo junto al Señor, podremos responder con generosidad a la llamada que Dios nos hace para vivir entregados a Dios y, por Él, a nuestros hermanos; en definitiva, una llamada exigente y amable a la verdadera felicidad.

Que María, humilde y fiel, que supo estar al pie de la Cruz hasta el [mal, nos ayude en estos días a abrir cada vez más todo nuestro ser a la presencia de Cristo; que nos ayude a seguirlo fielmente, día a día, por los caminos de nuestra vida.

Con mi afecto y bendición,

